

## Etnocriollismo y eurocentrismo en la historiografía argentina

Maestro Carlos Mariano Tur Donatti  
Dirección de Etnología y Antropología Social



Calesero, mina La Rica, Real del Monte, Hidalgo. Foto: David Maawad

En la producción historiográfica argentina se observan dos matices ideológicos básicas y complementarias: el etnocriollismo y el tradicional eurocentrismo, que se toman como verdades de “sentido común”, prácticamente no puestas en cuestión y definidoras de un tipo de identidad nacional hasta hoy predominante. Pero mi experiencia personal, más específicamente en la niñez y la adolescencia vividas en un barrio popular de la ciudad de Santa Fe, es pertinente recalcarlo, asentada en el límite norte de la pampa húme-

da, no concuerda con el discurso hegemónico sobre la formación demográfica de la nación y la composición étnica de la actual población argentina.

Mis recuerdos barriales me transportan a los años del primer peronismo (1946-1955) y evoco a quienes eran mis parientes, vecinos y compañeros de juego, y en ese entorno registro rastros de múltiples mestizajes y de lenguas de los pueblos originarios. También tengo en cuenta la procedencia inmigratoria reciente de personas muy cercanas: mi propia madre,

argentina en primera generación, hija de una veneciana y de un italo-austriaco; mi padre hijo de una familia campesina de Ibiza, isla del archipiélago Balear en el Mediterráneo occidental español.

Esta ascendencia hispano-italica de inmigración reciente constituye mis mezcladas raíces europeas, pero el entorno social de vecinos y parientes exhibía otros orígenes. Dos de mis tías maternas -rubias y rozagantes “gringuitas”, como se llamaban a las italianas y sus hijas- se casaron con típicos hijos de la vieja Argentina anterior a la inmigración masiva. Uno de mis tíos descendía de una familia paraguaya afincada en Santa Fe y hablante de guaraní en su vida hogareña; mi segundo tío procedía de una humilde familia de la vecina provincia de Entre Ríos. Ambos eran acentuadamente morenos y mestizos con clara ascendencia indígena. Si mi hermano y yo mismo éramos el rostro europeo de los estratos populares argentinos en aquellos lejanos años, mis primas mostraban el rostro mestizo resultado de la convivencia de los nuevos inmigrantes con la población de orígenes coloniales. Pero de aquel barrio Centenario, así se llama y tiene fama de bravo y fanático de Colón, equipo de fútbol ahora en la primera división nacional, de aquel barrio -repi-to- recuerdo otras presencias.



Mi compañero de juegos infantiles apodado Ñaña, era el hijo de una familia campesina emigrada a Santa Fe, desde la provincia centro-norteña de Santiago del Estero, que hablaba furtivamente quichua en familia y su aspecto físico denotaba sus antepasados originarios. Mi amigo Ñaña y sus hermanas mostraban el tercer rostro del país popular y provinciano de aquellos años.

En estrecha relación con los inmigrantes europeos y sus descendientes -aquellos eran italianos, españoles, portugueses, sin faltar algún sirio tendero- recuerdo varias familias con rasgos físicos mulatos, evidentes descendientes de los esclavos negros liberados definitivamente en Santa Fe a mediados del siglo XIX. Esta cuarta presencia del país pobre, barrial y provinciano ha sido la más negada, por el contundente expediente racista de no querer verlos.

Pero esta larga digresión de aire autobiográfico ¿qué sentido tiene en un artículo sobre la historiografía argentina? Estoy convencido de que tiene mucho sentido. Tiene que ver con *otra mirada* so-

bre el pasado del país y su población. Una mirada *desde abajo y desde una provincia*, alternativa a la lectura impuesta desde Buenos Aires y desde los intereses de los dueños de la tierra.

Esta última interpretación del pasado conjuga las dos matrices ideológicas antes mencionadas -etnocriollismo y eurocentrismo- que a principios del siglo XXI no se puede sostener por el avance del conocimiento histórico y la diversificación étnica y regional de las miradas sobre los siglos pretéritos; se ha superado ya hace tiempo confundir los acontecimientos políticos que ocurrían en la ciudad de Buenos Aires con toda la historia nacional.

Hoy existe la posibilidad -y hay obras que ya lo hacen- de construir una lectura del pasado que rebase a una mera memoria del poder central. Al incorporar en la descripción y análisis los territorios demográficos, económicos, sociales y culturales, inevitablemente nos ocupamos del grueso de la población, del hombre y la mujer de a pie, y abandonamos la vieja concepción política y elitista de la tradicional historiografía criolla.

Bajando a un nivel más concreto y partiendo de la experiencia personal relatada, resulta obvio que la población argentina desde las primeras décadas de vida independiente fue producto de la fusión de los antiguos habitantes -criollos, mestizos, indígenas y afro- con los diversos contingentes migratorios que ingresaban al país por el puerto de Buenos Aires.

Este proceso último -con su culminación entre 1880 y 1930- está siendo exhaustivamente investigado y se le considera uno de los motores clave para el rápido crecimiento económico de la época. Pero ¿han despertado igual interés los desplazamientos y transformaciones de la vieja población argentina? ¿Se ha investigado el aporte humano de los países limítrofes a diversas regiones del territorio nacional? ¿No hay una sobrevaloración del impacto de los inmigrantes, que en algunas obras parece que se hubieran incorporado a un país completamente vacío? ¿No se insinúa en ellas que después de la ocupación militar de la Patagonia y el Chaco, los pueblos indígenas parecieran haber desaparecido?



Reparando los cables del malacate, mina La Rica, Real del Monte, Hidalgo. Foto: David Maawad



Para no mencionar el misterio del desvanecimiento simbólico de los afroargentinos, borrados de forma sistemática en las obras historiográficas y durante décadas en los textos oficiales de enseñanza.

Mi experiencia personal, juvenil y adulta, indica lo contrario. Un barrio popular de Santa Fe en los años 1940 y 1950 resultaba un buen observatorio para registrar procesos demográficos poco atendidos por la historiografía convencional. Siguiendo una ruta tradicional de migración desde el Paraguay y las provincias de Misiones y Corrientes, que crece notoriamente desde la expulsión de los jesuitas a fines del siglo XVIII, contingentes indígenas y mestizos hablantes de guaraní se desplazaron hacia el sur para incorporarse a la dinámica económica pampeana.

Algo similar ocurrirá con los campesinos provenientes de las provincias del Noroeste que llegaban a la provincia de Santa Fe a fines del siglo XIX para incorporarse como mano de obra en las colonias agrícolas. En el territo-

rio de dicha provincia se encontraban entonces estas corrientes migratorias americanas con los europeos recién llegados y se producía una compleja interrelación humana y cultural.

Está perfectamente documentado que a mediados del siglo XIX, labradores de vieja raigambre lugareña enseñaron a los primeros colonos suizos de Esperanza los rudimentos de la ecología y la agricultura pampeanas. Estos colonos a su vez popularizaron el consumo del pan de trigo, de hortalizas desconocidas y diversos lácteos; asimismo, de las estancias criollas cercanas a los nuevos pobladores fueron aprendiendo a consumir carne vacuna y a utilizar el caballo. Esta lenta fusión cultural -con pocos matrimonios mixtos en las primeras décadas- se fue concretando con lentitud en un ambiente de generalizada desconfianza e incidentes a veces sangrientos.

En la región original de la "pampa gringa" -centro de la provincia de Santa Fe- no sólo chocaron y se amalgamaban las

culturas del latifundio ganadero criollo, con patrón y peones trabajando a caballo, con la de los inmigrantes suizos, italianos y franceses, asentados en sus parcelas agrícolas, trabajadas a pie y con el fusil en bandolera. Otros grupos humanos que defendían sus territorios de la invasión criollo-gringa eran los pueblos indígenas, atacando estancias y colonias que se adentraban en sus espacios centenarios de recolección, caza y pesca.

Para comprender en un ejemplo significativo como se expresa hoy la sensibilidad etnocriolla y su antecedente eurocéntrico, podemos analizar una obra clásica publicada en 1968; *La pampa gringa* de Ezequiel Gallo, un reconocido historiador porteño. En un intento "deconstructivo" del discurso de dicho especialista debemos comenzar aportando algunos datos biográficos: nuestro historiador es descendiente de una vieja familia criolla de Buenos Aires, propietaria de tierras en la provincia bonaerense y con destacada militancia polí-



Mineros de La Valenciana, Guanajuato. Foto: David Maawad





Mineros de La Valenciana, Guanajuato. Foto: David Maawad

tica en la centenaria Unión Cívica Radical. Ezequiel Gallo es un historiador profesional con estudios de posgrado en Inglaterra e integrante de lo que podemos denominar la generación “desarrollista” en el terreno de las ciencias sociales, modernizadora del ámbito académico después del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955. Los guías intelectuales de esta generación fueron José Luis Romero y Gino Germani: pertenecen a ella Tulio Halperín Donghi, Roberto Cortés Conde, José Carlos Chiaramonte, Miguel Murmis, José Nun y Juan Carlos Portantiero.

El laborioso trabajo profesional de Gallo sobre la colonización agrícola en Santa Fe fue precedido por un estudio precursor de 1968, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, del historiador estadounidense James Scobie, una obra que tiene como escenario a toda la región pampeana. Trabajo ambicioso y sugerente que, como el de Gallo, se refiere a la lucha defensiva

de los pueblos indígenas ante el avance criollo -inmigrante con un lenguaje despectivo- agresivo, asumiendo implícitamente la perspectiva de clase de los militares y estancieros argentinos y los inversionistas ingleses.

En la comentada lectura, tanto en el autor porteño como el estadounidense, otro se identifica a los pueblos indígenas como “la barbarie”, y a la campaña militar exterminadora y al reparto latifundista de la tierra conquistada con “la civilización”, con el avance victorioso del “progreso”. En la obra de Gallo en particular tampoco salen mejor librados los pequeños propietarios ganaderos - los gauchos- sumariamente expropiados e incorporados a las filas castrenses con lujo de violencia y arbitrariedades ejecutadas por la policía rural y el ejército nacional. La expansión de la colonización agrícola, las estancias ganaderas y la especulación en tierras no dejaban espacios libres para gauchos ni indígenas.

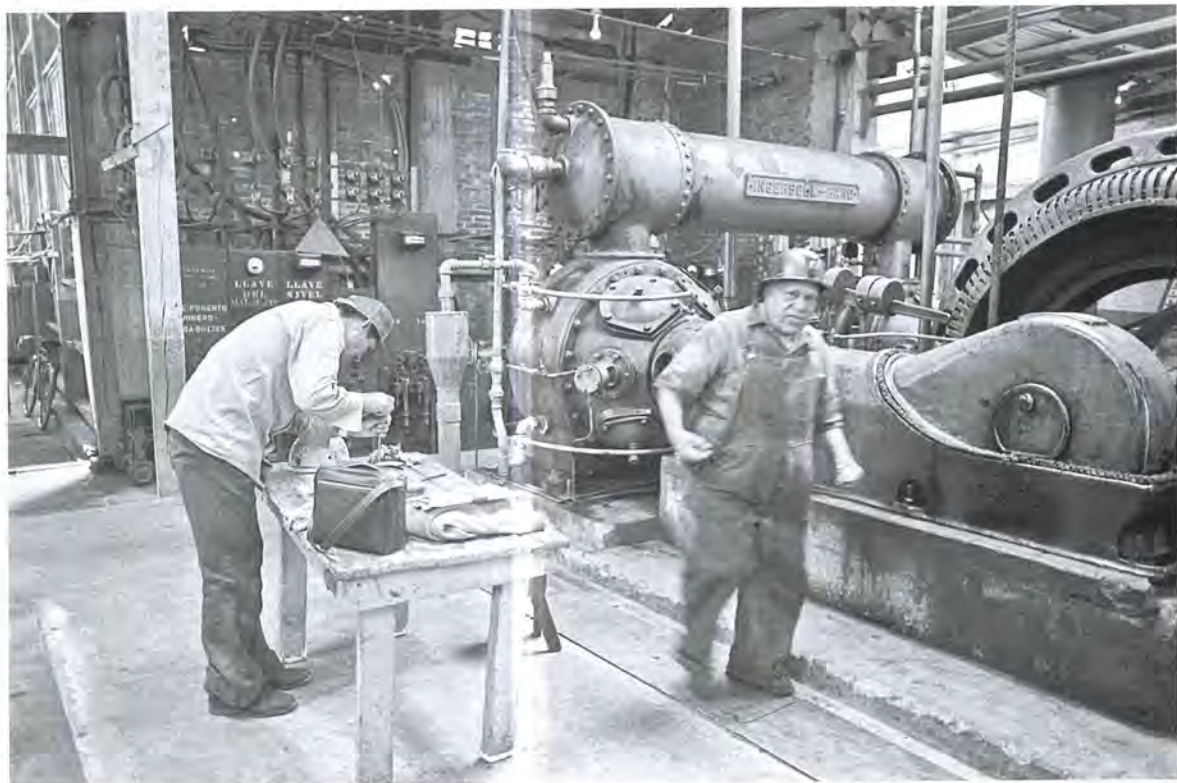
No sorprende entonces en Gallo la reproducción reiterada y

acrítica de un lenguaje propio de los documentos oficiales de la época; si sorprende hoy que un consagrado historiador profesional no muestre alguna sensibilidad antropológica o sociológica para comprender las razones de los que se resisten al poder criollo e imperialista.

Reflexionando sobre esta notoria incapacidad se nos ocurre la hipótesis de la identificación profunda de Gallo con las dos matrices ideológicas básicas implícitas en la historiografía argentina: etnocriollismo y eurocentrismo. Si Europa occidental era el eje de la historia mundial y se vivían las décadas de su mayor poder económico y político, la minoría criolla controladora del Estado argentino y la propiedad territorial era la correa de transmisión de la civilización más avanzada, del orden y el progreso impuestos por la marcha inexorable de la historia.

Interpretar el pasado argentino y la construcción del país desde la óptica de los estancieros porteños constituye todavía un





Casa de compresores, mina El Álamo, Pachuca, Hidalgo. Foto: David Maawad

matiz ideológico que resiste a ser remplazado en términos étnico y regionales. Esta lectura etnocriolla y la más amplia matriz eurocéntrica se mantienen sólidamente entrelazadas, pero ya resultan arcaicas y superadas para entender el país, el ámbito latinoamericano y el entorno mundial.

Aquella alianza de hecho que se produjo entre los estancieros pampeanos y el sector más exitoso y rico de los inmigrantes europeos entre 1880 y 1930, contribuyó a crear un bloque hegemónico en el terreno cultural que intentó borrar el pasado y ver a Argentina como una prolongación del Viejo Continente, como la última Tule meridional de Europa.

El mundo de hoy es policéntrico en lo económico y cultural y, al mismo tiempo, cada día más integrado. ¿Podemos seguir ignorando que nuestra sociedad recibió aportes humanos y simbólicos africanos durante la colonia y el siglo XIX? ¿Que iniciada la inmigración masiva llegaron a

nuestras costas japoneses, sirios y armenios, eslavos y judíos del Este europeo? Nuestra formación humana y cultural ha sido más rica y compleja de lo que se ha reconocido hasta nuestros días. Si la visión etnocriolla resulta hoy estrecha y arcaica, es bueno sa-

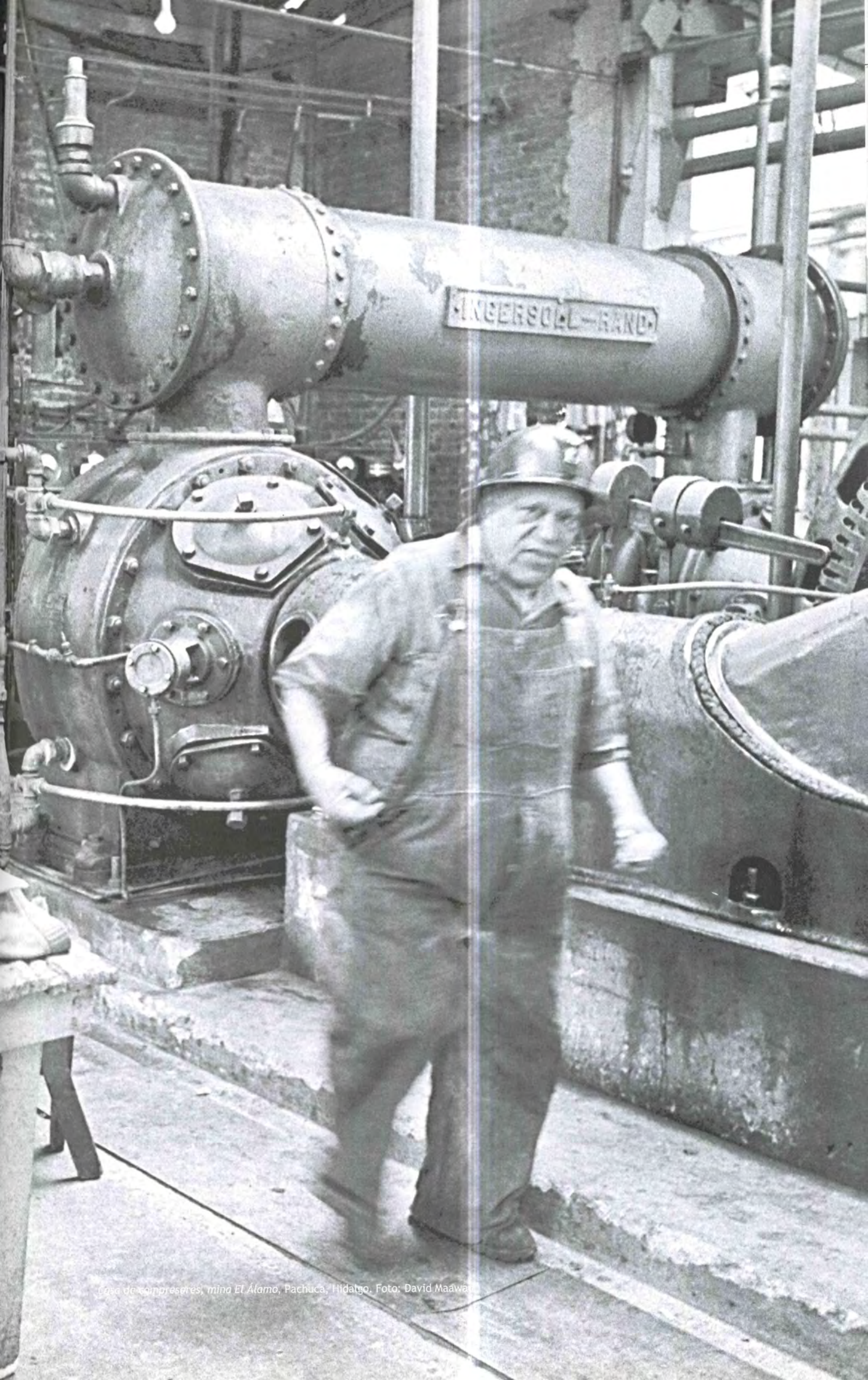
ber y sacar conclusiones del hecho de que el eurocentrismo ya no es aceptado por los mejores especialistas europeos.

El nuevo siglo requiere de nosotros otra lectura del pasado argentino, latinoamericano y mundial.

#### Bibliografía

- CORTÉS Conde, Roberto, *El progreso argentino, 1880 - 1914*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
- SCOBIE, James, *Revolución en las pampas. Historia social de trigo argentino, 1860- 1910*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1968.
- GALLO, Ezequiel, *La pampa gringa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986.
- RODRÍGUEZ Molas, Ricardo E., *Historia social del gaucho*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982.
- POMER, León, *El gaucho*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
- \_\_\_\_\_, *El soldado criollo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
- GORI, Gastón, *Vagos y malentrenidos*, Colmegna, Santa Fe, s.f.
- \_\_\_\_\_, *La Forestal, la tragedia del quebracho colorado*, Latina Stilcograf, Buenos Aires, 1965.
- CANALS Frau, Salvador, *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- ALEMÁN, Bernardo E., *Santa Fe y sus aborígenes*, Librería del Foro, Buenos Aires, 1977.
- HURET, Jules, *La Argentina*, Espasa- Calpe, Buenos Aires, 1952.
- EBELOT, Alfredo, *La pampa*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1961.





Casa de compresores, mina El Álamo, Pachuca, Hidalgo. Foto: David Maawa